

DEL FIN DEL MUNDO O DE LA DISOLUCIÓN DE LOS ENTES

Humberto Giannini
Departamento de Filosofía
Universidad de Chile



He traducido con bastante libertad (espero que sólo idiomática) la respuesta que da Santo Tomás a propósito de la cuestión ‘Si alguna vez cesará el movimiento de los cielos’.

Esta respuesta se presta, además, para muchos comentarios e interpretaciones. Esbozamos a continuación algunos.

Desde un punto de vista estrictamente aristotélico, el tiempo es ‘número del movimiento según lo anterior y lo posterior’. Suspendido, pues, el movimiento de los astros –causa universal y medida de todos los otros movimientos– queda borrada toda marca temporal en el ser de los entes. Pero también, y no habría que descuidar esta consecuencia- *ipso facto* queda suprimida la espacialidad, que es distancia recorrida (o por recorrer) de un móvil. Todo esto es lo que, heideggerianamente, se podría llamar la disolución del mundo.

Y aquí empieza la especulación escatológica propiamente tomista: el uso genial que hará Santo Tomás del aristotelismo, para proponer en términos argumentativos, racionales, la visión más antiaristotélica que haya aparecido en la historia del pensamiento occidental: implicar el movimiento del cielo en la historia salvífica del ser humano.

Ya la pregunta: ‘si algún día cesará el movimiento de los cielos’ habría sido desconcertante para la tradición griega. Los cielos se mueven siempre. Sobre este punto no cabe un asomo de duda. Y este movimiento es el aspecto más visible (la imagen) de lo divino que lo gobierna todo con inteligencia. Los cielos se mueven *reflexivamente*, imitando así la espiritualidad de Dios, quien jamás se aleja de sí mismo y centra su pensamiento en su propia esencia; se mueven circularmente, por lo que nunca están por llegar a algún lugar privilegiado; por lo que siempre son en acto allí donde son, como lo es el Dios aristotélico.

Pero el teólogo, presionando sobre los principios de su maestro griego, preguntará entonces: ¿Cuál es el fin del movimiento de los cielos? Porque ningún movimiento se explica por sí mismo. Todo lo que se mueve se mueve por algún fin, esto es, por algún bien (fin=bien), que hace que el movimiento tenga sentido. Esto es irreductiblemente aristotélico.

Entonces, Santo Tomás va a plantearse el problema racionalmente así:

Supongamos que el fin es algo que se obtiene mientras el cuerpo celeste se mueve, y que dejaría de obtenerse al cesar el movimiento. Por ejemplo, que el fin sea

producir la ‘música de las esferas’ de la que hablan los pitagóricos o bien, el imitar con el movimiento circular a Dios en su perpetuidad. En ambos casos, el cese del movimiento implica ya sea el cese de la sinfonía celestial o, va de suyo, el cese del esfuerzo por imitar a Dios en su eternidad; en ambos casos, el cese del movimiento sería una defeción, un malogro.

Supongamos, en cambio, que el movimiento tenga como fin que ocurra algo. Entonces, una vez ocurrido, ya no tiene sentido el movimiento que lo hizo posible. En tal caso, el cese del movimiento implica el cumplimiento de algo; en el lenguaje tomista: su perfección.

Concediendo esto, ahora se pregunta el teólogo a qué fin, a qué bien, puede estar ordenado el movimiento del cielo. No a la conservación de los entes compuestos, pues éstos son menos valiosos que los objetos simples del cielo. Ya que jamás en la naturaleza lo más elevado está al servicio de lo que lo es menos. Por lo que no habría más que una respuesta: el movimiento de los cielos está al servicio de un ente que es más noble que todos los entes compuestos y que todos los elementos del universo; más noble, incluso que el cielo.

Tal es el ser humano.

Pero, ¿en qué sentido el movimiento celeste puede estar al servicio de la vida humana?

Marcando el tiempo; pero no cualquier tiempo, sino aquel en el que se cumple la cadena contingente de todos los seres humanos que han llegado al ser y constituyen así las generaciones de la historia. O, como dice Santo Tomás, habrá movimiento hasta que se cumpla el número de los elegidos.

Consumidos los siglos, descompuestos los entes en sus cualidades elementales, disuelta la mundanidad del mundo, entonces, advendrá el Reino, y Adán envejecido a través de las generaciones de los que han llegado a ser, curtido por todas las vicisitudes del tiempo, ascenderá al “monte Nebo” y verá cara a cara la llanura del Ser.

Si alguna vez cesara el movimiento de los cielos

Texto de Santo Tomás:

‘De acuerdo a las enseñanzas de los santos afirmamos que el movimiento del cielo alguna vez cesará. Sin embargo, esto se sostiene más por fe que por una razón que pueda demostrarse. Y para que se haga patente dónde reside la dificultad de esta cuestión, hay que considerar que el movimiento del cielo es natural, pero no del mismo modo en que es natural el movimiento de un cuerpo compuesto’ (1).

Este último tiene en la cosa que se mueve su principio no sólo material y receptivo, sino también su principio formal y activo. Pues, tal movimiento depende de la forma del cuerpo compuesto, así como otras propiedades naturales dependen de los principios esenciales (2). Por lo que, en estas cosas se dice que el que genera algo, también lo mueve, en cuanto le da la forma [a lo generado] y de tal forma dependerá el movimiento (3).

Pero esto no puede decirse respecto del cuerpo celeste. Dado que la naturaleza tiende siempre a la unidad de un modo determinado –y no a la multiplicidad– es imposible que la naturaleza de algo incline al movimiento por el movimiento mismo. Y esta es la razón: porque en cada movimiento existe cierta contrariedad en cuanto al ser de la cosa en movimiento; la uniformidad del móvil va contra el sentido mismo de lo que es el movimiento (4).

Por lo que jamás la naturaleza inclina algo a moverse sólo por moverse, sino a causa de algo determinado que se sigue del movimiento. Así la naturaleza del cuerpo grave lo inclina al reposo en el centro [del mundo] y por lo tanto, lo inclina a un movimiento hacia abajo, pues con ese movimiento ‘llega’ a tal lugar (5).

Pero el cielo [como cuerpo] no llega con su movimiento [circular] a algún lugar preciso [*ubi*] al que por su naturaleza estuviera inclinado, por cuanto cualquier lugar es fin y principio de su movimiento (6). Por lo que no puede ser su movimiento natural el de realizar [hacer real] alguna virtud propia [*inherentis*], como ocurre en el ir hacia arriba en el movimiento natural del fuego.

Se dice, entonces, que el movimiento circular es propio del cuerpo celeste en cuanto en la naturaleza de este cuerpo hay [tan solo] una aptitud (7) a tal movimiento; que él mismo posee un principio pasivo para tal movimiento; pero que su principio activo está en alguna sustancia separata, como Dios o la Inteligencia o el Alma del mundo, como algunos afirman (8).

Luego, la duración del movimiento no puede derivar de la naturaleza [propia] del cuerpo celeste, en la que hay sólo una aptitud para tal movimiento. Es preciso derivarla, en cambio, de un principio agente separado (9).

Y puesto que todo agente actúa por un fin, será preciso preguntarse ahora cuál es el fin del movimiento del cielo; ya que, si a este fin se acomoda el hecho que el movimiento cese, entonces el cielo alguna vez se detendrá. Pero si a su fin no compete el reposo, su movimiento será eterno.

En estas consideraciones hay que evitar tres cosas:

La primera: hay que evitar decir que el cielo se mueve a causa del mismo movimiento, (o decir, como se decía, que el cielo es a causa de su mismo ser, por el que se asemeja a Dios) (10). Pues, por su misma razón de ser –tender hacia otro– es contradictorio que el movimiento sea puesto como fin. Por esto, él mismo no es un fin sino que es ‘hacia un fin’. Lo que se comprende también por ser un acto imperfecto como se dice en el libro III de *Anima*. El fin, en cambio, es la última perfección (11).

La segunda: hay que evitar decir que el movimiento del cielo es a causa de algo menos valioso; pues, existiendo un fin –el cual justifica el movimiento–, es preciso que

el fin sobrepase en valor a aquellas cosas que están ordenadas a ese fin. Aunque puede ocurrir que sea de menor valor un término de la operación, así como la seguridad del campesino es un término en el que la operación del rey gobernante se concluye; sin embargo, el gobierno del rey no está ordenado a la seguridad de este campesino, como si fuera el fin, sino a algo más bueno, es decir, al bien común. Por lo que no puede decirse que el fin del movimiento del cielo sea la generación de los cuerpos inferiores (12), aun cuando tal generación sea efecto o término, en cuanto el cielo también impera sobre estas cosas inferiores, y su movimiento, sobre los movimientos y mutaciones de éstos.

La tercera: hay que evitar decir que el fin del movimiento del cielo sea algo infinito, puesto que como se dice en *Metafísica* II, quien pone lo infinito como causa final destruye el fin y la naturaleza de lo bueno (13). Pues, alcanzar lo que es infinito es imposible. Y nada [en la naturaleza] se mueve hacia aquello que es imposible conseguir, como se dice en el libro I de *Acerca del Cielo y del Mundo*.

Por lo que no puede decirse que el fin del movimiento del cielo sea llegar en acto a un lugar (*ubi*) respecto del que se está en potencia, aunque es lo que parece haber dicho Avicena. Pues esto es imposible de alcanzar cuando se trata de algo infinito: porque, mientras el móvil con movimiento circular llega a un punto (*ubi*), ya está partiendo de él para otro en el cual ya estuvo (14).

Es preciso, pues, suponer que el fin del movimiento del cielo se da en algo que el cielo obtiene, a causa de su movimiento, y que es distinto del movimiento y más noble que él.

Y esto puede afirmarse de dos modos: Uno, que como fin del movimiento del cielo se suponga algo del cielo mismo, que se va produciendo al mismo tiempo que el movimiento. Y según esto, afirman algunos filósofos que el fin del movimiento del cielo es asemejarse a Dios en el producir. Lo que ciertamente ocurriría durante el mismo movimiento. Por lo que, según esto, no conviene que cese el movimiento, porque cesando, cesará también el fin que tiene lugar con el movimiento.

El otro modo: afirmar como fin del movimiento del cielo algo externo al movimiento, pero que se logra a causa del movimiento; y que, cesando éste, aquello pueda permanecer. Y tal es nuestra posición. Afirmamos que el movimiento del cielo es a causa de la completación del número de los elegidos. Pues, el alma racional es más noble que cualquier cuerpo, incluso que el cielo mismo (14).

Por lo tanto, no hay inconveniente alguno si se afirma que el fin del movimiento del cielo es la multiplicación de las almas racionales, pero no al infinito, ya que esto no se lograría con el movimiento del cielo, y así se movería hacia algo que no se puede obtener. Por lo que queda que su finalidad es alcanzar determinada cantidad (*multitudo*) de almas racionales, la cual, alcanzada, el movimiento celeste, cesará. Y aun cuando ambas posiciones puedan racionalmente sostenerse, la segunda, que corresponde a la fe, parece ser más probable, por tres razones:

La primera: porque en nada se diferencia decir que el fin de algo es asemejarse a Dios en algo; y eso mismo que se logra con la semejanza [15], así como se dijo

antes: [que] cabe llamar ‘fin de una cosa’ tanto el llegar a semejarse a Dios en su bondad, como el que esa cosa alcance su propio ser, en cuanto ese ser [pleno] incluye ser semejante a Dios (16).

Es, pues, lo mismo que decimos: que el fin del movimiento del cielo es parecerse a Dios en el causar y en lo que se causa.. Pero, el causar mismo no puede ser el fin, por cuanto es un hacer que tiende hacia algo y deja algo hecho. Y en lo que se hace son mejores las cosas hechas (17), como se dice al comienzo de la *Ética*. Por lo que el hacer mismo no puede ser el fin del agente, cuya perfección no está en el hacer sino en lo que se hace. Por lo que, las cosas hechas son más bien ellas mismas los fines, como resulta claro en IX de la *Metafísica* y en el libro I de la *Ética*. Pero, como ya se dijo, las cosas hechas cuando son menos valiosas que el cielo, no son ellas mismas los fines. Por lo que es inconveniente decir que el fin del movimiento del cielo sea el semejarse a Dios en el causar las cosas.

La segunda: porque aun cuando el cielo se mueve por la sola aptitud que existe en él mismo para moverse, sin embargo, como ya se dijo, se mueve y actúa a causa de un principio activo que existe fuera de él. Y esta es la disposición propia del instrumento, como es patente en las cosas artificiales. Así, en el hacha existe una disposición a su movimiento; pero el principio está en el artífice. Por lo que, también según los filósofos, lo que siendo movido mueve a su vez, mueve como instrumento. Y en la acción instrumental no puede ser fin el mismo instrumento, salvo por accidente, en cuanto el instrumento se toma como algo que fabrica un artesano y como algo ‘con’ lo que se hace algo [el instrumento en sí] (16).

Por lo que no es probable que el fin del movimiento del cielo sea alguna perfección del mismo, sino más bien de una cosa más allá de él.

Tercera: porque si semejarse a Dios en lo causado es el fin del movimiento del cielo, esta semejanza se logra principalmente en aquello que ha sido causado inmediatamente por Dios mismo, es decir, el alma racional, a cuya causalidad el cielo sólo concurre, disponiendo la materia, en virtud de su movimiento (17).

Y así es más probable que el fin del movimiento del cielo sea el número de los elegidos, y no semejarse a Dios en la causalidad de las generaciones y corrupciones, a la que se refieren los filósofos. Y así concedemos que el movimiento cesará cuando se complete el número de los elegidos.